

*La lista
de la señorita
Newbury*

La lista de la señorita Newbury

Originally published in English under the title:

Miss Newbury's List

Copyright © 2022 Megan Walker

Spanish translation © 2023 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Shadow Mountain Publishing.

ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

Published under license from Shadow Mountain.

© de la traducción: Ana Belén Murcia Sánchez

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: ©Nicole Matthews/Arcangel Images

(dama en primer plano con vestido azul);

© Dominik Koncal/Shutterstock (palacio de fondo)

Primera edición: agosto de 2023

Depósito legal: M-17473-2023

ISBN: ISBN: 978-84-19386-31-1

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MEGAN WALKER

*La lista
de la señorita
Newbury*

Libros de
seda

Para Sophie...
Allá donde vayas, te seguiré.

Capítulo 1



Ashford, Inglaterra, 1820

Me incliné sobre el arcón al pie de mi cama, buscando con desesperación.

Liza llegaría en cualquier momento y no lograba encontrar ese maldito trozo de papel.

Lo escondí hace años, después de aprender que los hermanos pequeños son tan sagaces como sabuesos a la hora de descubrir los secretos de su hermana mayor. Y, aunque Jasper y Nicholas estaban lejos, en Harrow, Ben, a sus dieciocho años, aún continuaba desempeñando su papel extraordinariamente bien.

Al parecer, yo también.

No había metido mi papel en ningún libro o cajón, ni bajo el colchón o en el pequeño hueco bajo mi armario. Tenía que estar en el arcón. Toqué con los dedos telas de todo tipo, desde un viejo y suave vestido que había usado casi hasta hacerlo jirones, hasta ásperos sacos de lino llenos de pinceles rotos y frascos de pintura.

Creía recordar una pequeña caja verde con lazos y flores secas...
Alguien dio unos suaves golpecitos en mi puerta y mis sentidos se pusieron alerta en cuanto mi doncella asomó la cabeza.

—¿Señorita Newbury?

Miré a Molly con los ojos abiertos de par en par y ella se mordió el labio.

—En silencio. De acuerdo. Se está escondiendo. En su propio dormitorio. —Entró con sigilo, con unos cuantos rizos rubios colgándole por fuera del recogido, y cerró la puerta.

—Sí, y no grites mi nombre de esa manera. —Mi madre lo oiría y sabría exactamente dónde encontrarme.

Molly se colocó delante de mí y levantó una ceja.

—Disculpe. ¿Cómo debería dirigirme a usted entonces, si no es como «señorita Newbury»? —dijo, poniendo cara de que no se enteraba—. ¿Señorita Rosalind Newbury? ¿Solo Rosalind? O podríamos practicar con «Su Exce...».

—Ya sabes a qué me refiero. —La miré con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos. Ella no era una necia. Inteligente, más bien, pues podía decirme exactamente lo que pensaba sin apenas hablar. Y la iba a echar muchísimo de menos cuando me fuera—. Te pedí que distrajeras a mamá y, aun así, aquí estás. Debes de tener noticias.

—Los Ollerton al fin han regresado a casa.

«¡Por fin!», pensé.

—¿Está Liza abajo? —Empecé a ponerme en pie, mientras prestaba atención al sonido de sus pasos por las escaleras. Liza tenía un don para resolver lo irresoluble, así que me ayudaría a encontrar el papel que estaba buscando. Y, entonces, nos pondríamos manos a la obra—. No puedes dejarla con mamá. Las dos juntas se pasarán horas cotilleando.

Molly se aclaró la garganta. Su mirada se fijó en el montón de cosas que había sacado de mi arcón.

—Aún no ha venido de visita.

—No está... —Fruncí el ceño y me volví para mirar por la ventana de mi dormitorio.

Los campos se extendían entre ambas fincas, separados por una arboleda de robles, rebosantes de hojas caducas, que me bloqueaban la visión. Liza había estado en Londres durante meses para su primera temporada social. Y a mí me había dado muchísima envidia, además de que estaba triste porque hubiera partido y furiosa por la injusticia de estar cautiva en casa, hasta que un día, sin más, lo tenía ahí: un contrato de matrimonio y un bolígrafo en la mano. ¿Qué importaba que hubiera conocido a mi prometido en el estudio de mi padre en lugar de un baile? Le di a Liza escasos detalles en mi última carta, sabiendo que estaría ansiosa por saber más. Había prometido visitarme tan pronto como llegara su carruaje.

Así que, ¿dónde estaba?

—Algo va mal, Molly —dije—. Tal vez debería escaparme.

Miré mi tocado, que colgaba de mi caballete en la esquina, pero Molly se interpuso.

—Ahora hay problemas más acuciantes —dijo—. Su madre me ha pedido que la busque y la lleve de inmediato.

—¿Qué ha dicho?

Molly inspiró hondo.

—Algo sobre otra cita.

—Dios santo, ¿cuántas citas necesita alguien para planear una boda? —Solté un profundo suspiro y me froté las sienes.

¿No podíamos simplemente pronunciar nuestros votos y acabar de una vez?

—Le he dicho que aún está leyendo *Los sermones de Fordyce*.

—Molly hizo una mueca ante la mentira.

Yo resoplé.

—Estoy segura de que le habrá encantado oír eso. —¿Qué diría mamá si supiera la verdad? Que estaba persiguiendo una promesa que me había hecho a mí misma hacía ocho años. Una promesa que, para cumplirla, solo me quedaban tres semanas. Y estaba fracasando—. Creo que guardé mi lista en una cajita verde... Oh, ¿dónde la he escondido?

La había estado buscando durante días. Necesitaba ponerme con ello, pues la cuestión era acabar la lista antes de casarme, pero los momentos a solas eran escasos desde mi compromiso; con mamá y sus innumerables listas de pruebas de vestuarios y cambios de menú, mi padre redactando anexos al contrato de matrimonio y mi hermano Benjamín insistiendo en que le siguiera por la finca en alguna última aventura. ¿No comprendían que estos eran mis últimos días? Me quedaban muy pocos.

De pronto, me sentí incómoda en mi propia piel.

—Molly, necesito más tiempo para buscar. Debes distraer a mamá.

Molly colocó las manos en sus enjutas caderas.

—¿Y qué se supone que voy a decirle esta vez? Ya he estirado demasiado lo de Fordyce. Nos va a descubrir.

Agité una mano en el aire.

—Dile que estoy... escribiendo un soneto sobre mis sentimientos.

Molly inspiró hondo y se mordió el labio inferior, como solía hacer cuando intentaba guardarse sus pensamientos para sí. Aparte de Liza, Molly era mi mayor aliada. Cuando reprimía sus hábilmente disimuladas opiniones, la cosa era seria.

Volví a arrodillarme y metí el brazo dentro del arcón.

—Habla. ¿Qué ocurre?

Molly vaciló, mientras me observaba sacar un caballo de madera y colocarlo en la pila, y luego se metió un mechón suelto de cabello rubio detrás de la oreja.

—No deseas mentirle otra vez a mamá —medité—. Crees que estoy siendo irracional, que si tú estuvieras a punto de casarte, no te importaría algo tan estúpido como completar una lista de deseos. Pero yo no soy tan buena como tú, Molly. Yo soy un desastre. Siempre lo he sido.

—Suele mancharse los vestidos con pintura.

Solo la escuché a medias. Mis propias palabras parecían un dique a punto de estallar. Las sentía en los huesos y desgarrándome la garganta. Había estado trabajando toda mi vida para este momento. Había perfeccionado mis habilidades, aprendido idiomas y dotes de anfitriona y más modales de los que podría mantener en una velada. Y, aun así...

Miré a mi doncella, que me observaba con gesto serio, a la espera.

—Dígame —dijo Molly con ternura, arrodillándose junto a mí—. ¿Qué siente?

Muchas cosas. Nervios. Miedo de decepcionar a mi familia, a mi prometido y a su familia. Pero había algo más. Algo difícil de explicar.

—Me siento... incompleta. Como si no hubiera vivido lo suficiente como para llevar a cabo un cambio de vida tan importante. Ser la esposa de un hombre, Molly. Dirigir mi propia casa. Benjamín ha vivido más cosas que yo y es dos años más joven.

—Pero así son las cosas, Señorita Newbury. Su hermano precisa una educación más amplia. Más experiencia...

—Porque él es el heredero, sí, lo sé. —Ese ardor tan familiar me invadió el pecho. Quería más. ¿Tan terrible era?—. Creía que mi compromiso resultaría más satisfactorio. —Al instante, deseé retractarme de mis palabras. Resultaba humillante admitir algo así, sobre todo viniendo de una joven a la que no le faltaba de nada. No tenía motivos para quejarme, desear ni soñar, porque ya lo tenía todo, y lo que no poseía, estaba a punto de obtenerlo. Y todo esto se lo había dicho a mi doncella.

Molly me observaba con gentileza en sus ojos, así que me agaché al pie de mi cama y continué, con más calma:

—¿Dónde está la emoción? —Me reí ante la idea, ante mis grandes expectativas, pero fue un sonido triste y afligido—. Debería haber música. Siento como si me hubieran robado algo que nunca he tenido. Pero creo que es más que no haber vivido todavía. No estoy preparada para renunciar a mi vida.

Molly vaciló durante lo que pareció una eternidad, con sus ojos azul verdosos llenos de compasión. Entonces, dijo:

—Si me permite, señorita. Solo lleva comprometida unas semanas. Aun así, me pregunto si en realidad alguien está preparado alguna vez para el matrimonio. ¿No es una elección que hacemos basada en la confianza y la esperanza en el futuro?

Por supuesto que Molly diría algo precioso que me haría sentir como una completa arpía.

—¿Lo es? —dije, mientras consideraba su reflexión. ¿Podía confiar en mi prometido? Quería hacerlo. Quería que todo entre nosotros fuera perfecto, que todo encajara. Quería sentirme tan emocionada como lo estaba mamá con mis planes de boda y gozar de mi éxito como lo hacía papá. Un compromiso tan bueno como el mío, solo ocurría una vez en la vida, según él.

Recordaba con claridad la boda de mi tía Alice, la primera a la que había asistido. A mis doce años, había quedado fascinada por su hermoso vestido, sus perfectos rizos adornados con flores y por cómo había sonreído y reído todo el día, como si nunca se hubiera sentido tan libre en toda su vida.

Cuando le dije lo mucho que deseaba sentirme como ella en el día de mi boda, tan feliz, resplandeciente y despreocupada, me acercó a ella. Desprendía un dulce olor a lavanda, y me miró directamente a los ojos y dijo:

—Rosalind, mi querida y rebelde niña. Ahora eres libre y estás llena de ilusiones. Pero, un día, llegará un hombre al que querrás entregarle toda tu vida. Asegúrate de haberla vivido plenamente antes. —Entonces, sacó un trozo de papel plegado de su retículo—. Iba a darle esto a Marvin —dijo de su nuevo esposo—, pero tengo una copia en casa. Elaboré esta lista con todas las cosas que quería hacer antes de casarme. Quédatela, que te sirva para elaborar la tuya.

Sorprendida y sin poder creérselo, sin experiencia en nada, había tomado aquella lista y pasado las siguientes semanas elaborando la mía propia, prometiéndome que cuando llegara el momento de casarme, estaría tan preparada como mi tía.

—Un soneto, pues. —Molly se incorporó, retrocedió hacia la puerta y la abrió, y yo asentí a modo de agradecimiento. Ella me ofreció una pequeña sonrisa y dijo—: Buena suerte, señorita Newbury. —Cerró la puerta tras ella.

La mentira no mantendría alejada a mamá demasiado tiempo. Pronto, vendría resoplando hasta mi dormitorio para arrastrarme escaleras abajo.

Sollocé y me limpié una lágrima del rabillo del ojo, reprimiendo mis emociones con firmeza y alejándolas. Las lágrimas

no me servirían de nada ahora. Necesitaba encontrar mi lista y escaparme a Ivy Manor para ver a Liza sin que mamá se enterara. Mientras me retorció las manos, me puse en pie y rodeé la habitación. ¿Dónde había escondido esa cajita verde?

Volví a arrodillarme y me incliné sobre el profundo arcón de madera. Saqué cada baratija, una a una, cada recuerdo que había acumulado durante mis veinte años de vida, hasta que lo único que quedó fueron las mantas que cubrían el fondo del arcón. ¿Cómo era posible? Encontrar aquel papelito era clave para aliviar el malestar que sentía.

Llevar a cabo todo lo que había en mi lista, como me había indicado la tía Alice, todo lo que quería para mí, haría que estuviera preparada para compartir el siguiente capítulo de mi vida con alguien. Tenía que encontrarla. Debía hacerlo.

Ojalá pudiera recordar mi lista de memoria. Había algo sobre el océano... algo sobre una pintura mía...

¿Dónde podría haberla escondido? Me incliné sobre el lateral de mi arcón una última vez. Al intentar alisar la esquina de una manta que estaba arrugada, toqué algo duro con la mano.

Me quedé paralizada, con la mirada fija en ese lugar.

Rápidamente, tiré de la manta y allí, presionada contra la esquina, había una caja cuadrada de color verde con la palabra Rosalind pintada en negro en la tapa.

La saqué; la caja encajaba perfectamente en mis manos.

Liberé el pequeño gancho y abrí la tapa con un chirrido. Había unas cintas descoloridas en la parte de arriba. Las saqué con cuidado y las coloqué en el montón. Debajo de las cintas había una pila de flores secas y, bajo estas, había un papel cuidadosamente doblado.

¡Mi lista!

La saqué de la caja y me la guardé con cuidado bajo la cinta que llevaba en la cintura. Solo había otra persona en quien confiaba para que la leyera; Liza. Pero, si tenía alguna esperanza de verla hoy, debía escapar a Ivy Manor ya, antes de que mamá viniera a buscarme.

En un abrir y cerrar de ojos, me até el tocado y bajé corriendo las escaleras de mármol tan silenciosamente como pude. Me detuve en el último escalón, inclinándome sobre la baranda de madera. El recibidor estaba vacío, pero mamá debía de estar cerca.

Lentamente, bajé el último peldaño. ¿Debería tomar la ruta más larga y escabullirme por detrás? ¿O recorrer rápidamente los pocos pasos que había hasta la entrada principal hacia mi libertad?

Un sirviente salió del comedor y se detuvo junto a la puerta de entrada. Si la abría, podría atravesarla corriendo como un ratón hacia su agujero. Su mano asió el picaporte y mis pies tomaron la decisión antes de que mi mente tuviera tiempo de...

—Rosalind Newbury, ¿adónde diablos crees que vas con tanta prisa?

«Maldición». Mamá se encontraba junto a la puerta del salón, con las manos en jarras. ¿Había estado, literalmente, vigilando la puerta por mí?

—Mamá —dije con dulzura—, los Ollerton acaban de llegar esta mañana. Quiero ver a Liza.

Mi madre abrió los ojos como platos y negó con la cabeza, provocando que sus sedosos rizos marrones rebotaran a ambos lados de su rostro.

—No puedes pasarte todo el tiempo allí, Rosalind. Este año no. Tenemos mucho que preparar. Tu prometido llegará dentro de dos semanas para cenar con nosotros y terminar de perfilar vuestros planes de boda. Espero que haya conseguido la licencia especial para que podáis casaros en nuestra finca o todo nuestro trabajo en los terrenos habrá sido en balde. —Mamá empezó a contar con los dedos—. Todavía hay que encargarse de las flores, terminar los menús. La casa necesita un repaso. Al igual que tú, Rosalind. ¡Y tu vestido! La última prueba será esta semana. —Negó con la cabeza, como si, cuanto más pensara en ello, más confiada debería estar—. Cariño, por si no lo recuerdas, vas a casarte con...

—Un duque —terminé por ella—. Sí, lo sé. Y lo que más quiero en el mundo es que Liza me dé su opinión al respecto. Ella es lo más parecido que tengo a una hermana. Le pediré que me ayude a elegir las flores para encargárselas esta tarde.

Alcé la barbilla. La gente solía decirme que era la viva imagen de mi madre. Aunque yo tenía el pelo de un color castaño más claro, la piel un pelín más oscura por el sol y los rasgos más redondeados que ella, temí la verdad que había en ello cuando mamá me dirigió aquella mirada y caminó hacia mí.

Inspiró hondo y dejó que sus facciones se relajaran antes de decir:

—El apellido Newbury ha abarcado generaciones de riqueza, pero nunca ha tenido una gran belleza para atraer un título. Hasta que llegaste tú. —Sonrió, luego tomó mi rostro entre sus manos—. Todos estamos inmensamente orgullosos de ti, cariño. Estás tomando la decisión correcta para ti, para tus hijos y para Benjamín y toda nuestra familia.

No podía mantenerle la mirada y la desvié hacia el collar de rubíes que le colgaba sobre el vestido. No me gustaba nada que me hablara así. Como si el futuro del apellido de nuestra familia descansara sobre mis hombros. No obstante, sabía lo importante que era añadir un ducado a nuestra línea familiar. Benjamín y los chicos se moverían en círculos antes desconocidos para nuestra familia. Se les abrirían muchas puertas. Y pronto, según mi padre, lo tendríamos todo.

—Me siento honrada de fortalecer el apellido de nuestra familia, mamá. Y con tu ayuda, la boda será digna de una reina.

Mamá dejó caer las manos hacia mis brazos y se aclaró la garganta.

—Las flores y los colores de la cinta. Tómate la tarde para decidir —dijo, aunque la tensión en su voz me indicó que había reconsiderado su decisión en el momento en que las palabras salieron por su boca—. Pero vuelve a tiempo para la cena. Actuarás como anfitriona y guiarás a nuestra familia a través de las formalidades. Después de esta semana, quiero estar segura de que puedes dirigir una casa, Rosalind. Chismorrear y corretear con los vecinos no te enseñará a ser una duquesa.

Sonreí con los labios, una sonrisa feliz, y retrocedí antes de que pudiera cambiar de opinión.

—¡Gracias, mamá! —grité mientras salía corriendo por la puerta hacia la brillante luz vespertina.

Lo que quería... no, lo que necesitaba era el apoyo de Liza.

Incluso cuando era una niña, ella siempre sabía cómo debía comportarse una dama. No podíamos jugar en el arroyo sin que Liza nos sujetara bien el sombrero, para que no nos diera demasiado el sol. Eso en el caso de que pudiéramos convencerla para jugar en el arroyo.

Liza me aseguraría que había tomado la decisión correcta. Hablaría sin parar de lo apuesto que era el duque, me pediría detalles sobre la proposición y sobre qué había elegido para el festín de la boda y yo por fin respiraría aliviada. Porque la verdad era que, no importaba cuántas veces me estrechara mamá las manos o me dijera lo hermosa que estaría o me prometiera que mi boda sería todo lo que siempre había soñado, aún había un vacío doloroso en el fondo de mi estómago que se negaba a llenarse. Una sensación de que me estaba perdiendo algo importante.

Había sentido algo similar cuando Liza partió hacia Londres sin mí. Como cualquier otra muchacha, había imaginado una temporada llena de bailes y música, miradas robadas y sonrisas, y encuentros secretos en el jardín. Pero, en lugar de eso, mientras ella conocía a un montón de gente, yo solo conocí a una persona: el duque de Marlow, un hombre alto y apuesto, diez años mayor que yo. Era inteligente y tenía la voz suave, aunque tal vez parecía un poco brusco. Su familia había codiciado durante mucho tiempo una parcela de terreno que poseíamos, que lindaba con una de sus fincas. La tierra, tan convenientemente situada, era difícil de conseguir. De hecho, el duque ansiaba esa parcela de tierra tanto como yo su título. Así que, tomé mi decisión. Además, era lo mejor para mi familia.

Pero, aun así, me preguntaba lo que sería haber bailado con una docena de hombres y tener la esperanza de que me enviaran flores o me visitaran al día siguiente. ¿Seguiría sintiendo este dolor? ¿Estaría más preparada para casarme con el duque?

No podía cambiar el pasado, pero podía trabajar en mi futuro. Gracias a la tía Alice, tenía mi lista. Con Liza a mi lado, llenándome de valor y confianza, no podía fracasar. Estaría preparada.

Una brisa fresca me impulsó por el prado hacia la casa de Liza. Las hojas de los robles se agitaban y las ramas se balanceaban en la arboleda a mi izquierda, la cual daba sombra a un gran estanque redondo. Los animales habían pastado recientemente por la mayor parte de la hierba, así que mis pasos eran rápidos y ligeros y tenía los ojos centrados en la gran casa de piedra gris que se encontraba a un kilómetro de la mía, con amplias ventanas a cada lado de la alta puerta de madera. Había pintado esta escena desde una docena de ángulos diferentes, la mitad solo de memoria.

Me concentré en la ventana a la izquierda de la puerta principal, el salón en el que supuse que estaría Liza, y cuando mis pies por fin tocaron la hierba que se extendía frente a la casa, me limpié la frente con el dorso de mi guante y dejé salir toda la euforia y la emoción que había estado conteniendo durante toda la mañana.

Me quedaban tres semanas para vivir como quería y lo único que me faltaba era Liza.

Llamé a la gran puerta de madera y Derricks la abrió. El hombre estaba pálido como un encaje blanco. Lo saludé con una sonrisa, esperando a que hiciera su habitual reverencia y se apartara, sin embargo, en lugar de eso, el sirviente entrecerró los ojos con una cara vacía, reservado. No se movió, pero de alguna forma pareció abarcar aún más el marco de la puerta. Luego se enderezó, como un soldado cumpliendo con su deber.

—Señorita Newbury —dijo, levantando la barbilla—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días. —Probé con una sonrisa, pero Derricks permaneció firme—. ¿Está la señorita Ollerton en casa?

Él parpadeó y frunció el ceño como si le sorprendiera que no lo supiera.

—Disculpe, señorita Newbury. Los Ollerton no aceptan visitas hoy.

Capítulo 2



«¿ue no aceptan visitas?».

—¿Se encuentra indispuesta la familia? ¿Han herido a alguien? —Estiré el cuello para mirar más allá del sirviente, al amplio vestíbulo con suelos a cuadros blancos y negros y techos abovedados con vigas de madera.

—Están bien. —Derricks movió la cabeza para taparme la visión y yo le puse mala cara—. ¿Querría dejar su tarjeta?

¿Mi tarjeta? ¡Como si hubiera traído alguna a casa de mi mejor amiga! Un calor desagradable me subió por el cuello.

—No creo que sea necesario. —Me crucé de brazos y miré al hombre. La señora Ollerton ya nos había impuesto normas estúpidas en otras ocasiones a Liza y a mí, pero no era lo mismo que nos dijera que nos mantuviéramos alejadas del barro que mantenerme alejada de toda la casa—. Derricks.

A pesar del creciente nerviosismo en su mirada, alzó la barbilla y dijo:

—¿Sí, señorita Newbury?

—Mi visita es de suma importancia, te lo aseguro. Debo insistir en que me permitas entrar y me lleves ante la señorita Ollerton de inmediato.

—Disculpe, pero tengo órdenes estrictas y debo seguir las instrucciones de mi señor. Le diré a la familia que ha venido de visita. Buenos días.

Y a continuación me cerró la puerta en la cara.

Me quedé petrificada durante medio minuto, mirando la puerta de madera como si Derricks fuera a abrirla de repente y todos nos fuésemos a reír por lo ridículo de dejarme fuera de mi segunda casa.

Pero, al ver que la puerta permanecía cerrada, bajé los escalones y levanté la mirada hacia las altas piedras grises que formaban Ivy Manor. Esta casa (el leve crujido en la piedra a la derecha de la puerta, el diminuto desportillado de la ventana del salón, cada muesca y cada grieta) me resultaba tan familiar como la mía propia.

Y por eso sabía exactamente adónde ir.

Si estaba ocurriendo algo realmente serio dentro de la casa, sobre todo si era algo que tuviera que ver con Liza, yo debería estar ahí. Me habían invitado a entrar incluso cuando mi amiga estuvo tan enferma que ni siquiera podía levantarse de la cama; seguro que en esta ocasión también podrían habérmelo permitido.

Doblé la esquina y me acerqué hasta la puerta del servicio, tras la cual había una escalera que llevaba directamente a la biblioteca de la primera planta. Me colaría, encontraría a Liza y, entonces, este enorme malentendido se arreglaría.

Puse una mano en el picaporte y, con un leve empujón, la puerta lateral se abrió con facilidad.

Oh, no debería. Por mucho que Liza y yo fuéramos como hermanas y aunque había cruzado sus puertas incontables veces antes, esto no parecía correcto. ¿Y si los Ollerton tenían buenos motivos para no dejarla salir? ¿Y si alguien estaba enfermo (era incluso contagioso), enfadado u ocultaban algo que no querían compartir?

Un caballo relinchó en algún lugar cercano, mientras resonaban sus cascos al galope. Me volví y vi aparecer un jinete. El pánico me invadió. ¿Qué era peor, que me sorprendieran colándome en Ivy Manor o colarme y que me descubrieran luego? Solo la primera opción me aseguraba que vería a mi amiga, así que me colé y cerré rápidamente la puerta.

El pequeño espacio al pie de la escalera estaba tenuemente iluminado por algunos rayos de sol, repletos de motas de polvo. Se oían las voces de los sirvientes y el bullicio típico de una casa con mucho ajetreo; ruidos que llegaban desde la concina y más allá. Si permanecía aquí demasiado tiempo, podrían descubrirme.

No dejaba de pensar, en busca de un plan. Al final de esas escaleras, abriría la puerta y encontraría la biblioteca a la derecha, lo que significaba que la gran escalera que llevaba al dormitorio de Liza estaría justo al lado y sería fácil de alcanzar. Perfecto.

Me agarré al pasamanos desgastado de madera y corrí escaleras arriba. Luego puse la mano en el pomo de la puerta que daba a la planta principal y...

¿Qué diablos me pasaba? «No». Colarse en la casa de alguien estaba mal, por muy unidas que estuvieran nuestras familias. No estaba tan desesperada ni tan desquiciada. ¿Lo estaba?

Sí que me había sentido desquiciada desde mi compromiso.

Pero, no. La gente normal envía notas o deja tarjetas de visita. Lo que iba a hacer era irme a casa y explicar por qué tenía tanta necesidad de verla. Liza vendría tan pronto como pudiera.

Solté el picaporte, decidida a retirarme, cuando la puerta se abrió de golpe, forzándome a bajar un escalón. Una figura emergió en el espacio y yo me sujeté con fuerza al pasamanos y me sobresalté por la sorpresa.

Sus ojos estaban abiertos como platos y se quedó boquiabierto. El miedo se apoderó de mí, pues incluso en la oscuridad, podía ver que algo no estaba bien en su rostro. Tenía el lado derecho hinchado y la piel estaba oscurecida, sobre todo bajo el ojo. Pero su ropa estaba elegantemente confeccionada y, en lugar de una simple corbata blanca, llevaba un pañuelo rojo estampado con lunares dorados.

Él levantó las manos rápidamente, con las palmas hacia mí.

—Por favor, no grites.

—¡Charlie! —gritó alguien. ¿Liza?—. ¡Debemos hablar sobre esto!

El hombre misterioso me lanzó una mirada suplicante, a continuación, en un abrir y cerrar de ojos, dio un paso adelante y cerró la puerta con cuidado tras de sí.

Mi corazón se aceleraba más a medida que iba procesándolo todo. Estaba sola. En una escalera estrecha destinada a los sirvientes. Con un extraño de aspecto aterrador.

—¿Quién eres? —susurró. La distancia entre nosotros pareció reducirse y me estremecí. Sus ojos me recorrieron—. No eres una sirvienta. ¿Qué está haciendo aquí abajo?